

II

LA ATENAS DE AMERICA DEL SUR

MI cuarto, situado en el primer piso del hotel Europa, en Bogotá, es cómodo y agradable, como no esperaba encontrar en estas alturas después de haber pasado por las posadas primitivas que me han servido de albergue desde el principio de mi viaje.

Sin mis compañeros de viaje, a los que definitivamente he perdido, y después de desprenderme de la primera sensación de desconcierto, trato de precisar, de concretar las primeras impresiones que me produce esta ciudad tan curiosa. Tengo ya la presunción de preguntarme cuál pueda ser el estado de alma de gentes tan desgraciadas o tan afortunadas, como se quiera, para vivir a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar y a mil ochocientas leguas del bulevar. La sensación primera, de orden material, se refiere a la animación especialísima que ofrecen las calles bogotanas, a este ir y venir constante y silencioso que es el resultado de la falta casi absoluta de vehículos, a cierta reserva general de la multitud voluntariamente callada, vestida de negro, silenciosa y sombría, principalmente en lo que atañe al elemento femenino, que con sus mantillas y sus sayas negras pasa con una poesía íntima, cautivadora y, si la palabra no fuese excesiva, imperceptiblemente monástica. Esta impresión se afirma más todavía al deambular por el tablero de damas de las calles que domina la tristeza pétrea de los Andes, imponente y cortada por las nubes; impresión que se torna soñadora y ligeramente angus-

tiosa, al seguir a lo largo de las fachadas de las casas bajas, cuyas ventanas con rejas salientes recuerdan a España y cuyos portales están empedrados con rombos de ladrillo y huesos de cordero.

Inmediatamente después de impresión tan halagadora para determinadas sensibilidades, surge otra, de orden más vulgar pero, en cambio, más ingenuo, contra la que cuesta trabajo abroquelarse: es la que experimento al oír a tantas personas darle a uno la bienvenida en francés. Exageremos la experiencia pidiendo lumbre al primer señor enlevitado que pase: hay muchas probabilidades de que exprese en francés el gusto con que nos hace ese favor. Y si la conversación se prolonga y si, por haber dejado escapar una locución de bulevar, se quisiera corregirla, habrá que desistir de ello al darse cuenta de que ha sido perfectamente comprendida...

Pierre Loti ha consignado, sutil, en una de sus obras, el cansancio que sigue rápidamente a la llegada a los países nuevos, ese afán de abandonarlos que no es peculiar de Fez o de cualquiera otro lugar determinado, sino que se experimenta cada vez que se llega a un sitio lejano o exótico. Pasados los primeros instantes de avidéz curiosa, el deseo más apremiante que se tiene es el de salir de él cuanto antes. Hay que violentarse para permanecer, para dedicarse al estudio detenido, a la captación del encanto íntimo que oculta. Estoy a punto de creer que aquí no sucede lo mismo, y que es a la rápida comprensión de ese encanto íntimo a lo que hay que atribuir, me parece, esa especie de atracción, de captación que Bogotá ejerce sobre los que la visitan.

Pues, efectivamente, este antiguo nido de águilas os acapara, os subyuga con una infinidad de detalles insignificantes, de indefinidas percepciones, de matices espirituales, y, como dije antes, un poco, también, por esa especie de melancolía provinciana de que todo está revestido, por la luz

que es aquí más gris, que está más tamizada, por un ambiente de ensimismamiento extendido uniformemente sobre el cielo, sobre las piedras y sobre el fondo conventual de los Andes. También contribuye a ello hasta el mismo aire que, enrarecido por la altura, es aquí más difícil de respirar, más pesado para el corazón, que no incita a andar, a moverse, que parece confinar a cada uno en sus aficiones más caras. Tiene esta ciudad esa aureola del pasado tan sugestivo para los aficionados a la meditación, esa atmósfera de silencio y de fe que expresaba mejor, sí, mucho mejor, el antiguo nombre de la capital: **Santafé de Bogotá**. Y también se debe a ese hálito de historia, de leyenda heroica que parece revivir en cada vibración lenta, triste, claustral, de las campanas, y, finalmente también —y no obstante ciertas manifestaciones insignificantes de un nacionalismo poco ilustrado—, debido a la cordialidad acogedora precedida y seguida de las expresiones más exquisitas y delicadas.

Una de estas últimas mañanas, al rayar el día, he subido al triste y majestuoso cerro de Guadalupe, que, según las horas, proyecta su sombra sobre la ciudad, o la retira. Siempre he comprendido perfectamente a los pueblos que adoran el alba. Siguiendo el zig-zag de calles cortadas en ángulo recto, a lo largo de las fachadas con ventanas enrejadas, he ascendido lentamente por los declives que por curvas empinadas conducen al punto desde donde se descubre la perspectiva total de la ciudad. Podía así hacerme la ilusión de que era un apacible vecino del barrio que vuelve del baile a su casa, al llamamiento de la aurora. Enmarcadas por las dos murallas interminables de paredes blancas se extienden, a perderse de vista, las tres hileras de losas con fajas interminables de guijos con que están empedradas todas las carreras de Bogotá, y por detrás de las últimas casas se alza con colores gris-rosa y gris-violeta, en

el crepúsculo matutino, la mole solemne de Monserrate. A la mitad de su altura había como techos superpuestos de nubes que, empujadas por la brisa y deshilachadas en lo alto, parecían fuegos de paja encendidos en la cima de los Andes. Al volverme, podía ya distinguir abajo la planicie de la Sabana, todo un mar sombreado de tintes amatista pálido, mientras que en los confines de la llanura ascendía el incendio del sol, entre dos bandas terrosas de nubes bajas, reflejo deslumbrante de oro y de sangre que se propagaba por segundos ahuyentando de la cúpula del infinito la noche tenebrosa.

Y como permaneciera allí, contemplando a mis pies cómo se incendiaban a los reflejos de la luz solar las vidrieras de las casas blancas, contemplando las transparencias mudables, la variedad de matices de la Sabana, el tinte de los tejados irisados ya de rosa, ya de naranja, viendo elevarse en esa alegría de prisma aéreo, semejantes a dos obeliscos malva, las dos torres de la Catedral, escuchando dar lentamente, como si saliesen de la profundidad de los siglos, las horas lejanas y monótonas, ante el espectáculo grandioso de las montañas asentadas alrededor del horizonte y de la ciudad misma arrodillada a sus pies, con sus doce capillas y sus diez y nueve iglesias, experimenté la sensación de sentir que pasaba sobre ese sueño de piedra un dramático efluvio, místico y medioeval.

Cuando, después de algún tiempo, descendía rápidamente hacia la ciudad, hacia los cuadriláteros de las casas enjalbegadas de tonos grises, de improviso, a mi espalda, empezó a soplar el viento con violencia, ese viento norte que baja de los Andes, que sacude con estrépito las puertas y las ventanas y que desliza por debajo su silbido quejumbroso, su ulular de otoño. ¡Qué brusca sensación de Europa, qué inopinado retorno a las regio-

nes tristes y desapacibles donde la brisa aulla de ese modo desde principios de septiembre!

La Calle Real estaba ya en movimiento, aun cuando apenas sonaban las seis y media en los campanarios. Actividad matutina que impone la distribución ecuatorial de la luz que mide exactamente las doce horas del día y de la noche. Desde esa arteria principal, el despertar de la actividad urbana se extiende poco a poco hacia los barrios excéntricos y de barrio en barrio va pasando a los arrabales mal definidos en los que hasta el mismo nombre de ciudad se pierde. En efecto, todo lo que hay de rico y de elegante permanece agrupado en esa Calle Real y en sus alrededores, la calle de Florián, la plaza de Bolívar, la de Santander, gran centro de diversiones y de negocios. En cuanto uno se aleja de él, bien sea que se suba hacia la parte alta de la ciudad o que se baje hacia el ferrocarril de la Sabana, hay que pasar por zonas cada vez más pobres y tristes, con esa fealdad popular, grisácea y triste que produce siempre un desencanto y una congoja a la llegada a una gran capital. Aquí sucede lo mismo. Las largas calles rectas, sin alegría, por lo general desiertas, entre dos perspectivas de muros pálidos que vienen del corazón de la ciudad para perderse en el campo, ofrecen hasta cierto punto el esquema de la economía social colombiana. A pesar de sus ciento treinta mil habitantes, Bogotá no cuenta más que con una clase dirigente, más bien restringida. Fenómeno frecuente en aquellos pueblos en los que el acceso al saber está limitado y que, por otra parte, éste no se presenta al buen sentido, un poco anquilosado, de la baja clase media, como la meta suprema y ambicionada. Hay en toda esta gente, que sólo parece estar ahí para que se puedan añadir ceros a las cifras de las estadísticas, una masa innumerable que no cuenta, que nada posee, cuyos medios de subsistencia me parecen problemáticos y que llena con su des-

amparado far niente los arrabales mal definidos que confinan con el campo. Todos los negocios, toda la política, todo el arte, en una palabra, toda la vida de la Bogotá que piensa y que actúa, como sucede en varias de estas repúblicas suramericanas —por fuerzas oligárquicas— se concentra entre las manos de unas cincuenta familias conservadoras que arrebataron esa misión directiva a otras tantas familias liberales y que, en espera de los designios de la Providencia, representan al país ante él mismo y ante el extranjero y constituyen la fachada de Colombia.

Y ya que la palabra acude a mi pluma, quiero adelantarme a la insinuación de que esta fachada careciera en absoluto de profundidad. Audacia peligrosa para un pueblo joven y pequeño es la de aceptar, descartada la posibilidad de que en ello haya la menor malicia, la herencia moral más cargada de gloria, el mote más soberbio y más difícil de ostentar, el de sucesor de la armonía de la divina Atenas. ¿Cabría considerarlo como una burla gratuita al comprobar la ausencia de la Acrópolis, de sus Propileos y del Pnix? Pero todavía sería más injusto desconocer o no apreciar en su justo valor la sinceridad y el alto vuelo de las preocupaciones intelectuales, literarias y, sobre todo, científicas, de la sociedad bogotana. Si alguno de mis interlocutores me ha podido parecer que presumía de un modernismo exagerado, demasiado entusiasta y, para decirlo de una vez, demasiado nuevo, he tenido, en cambio, ocasiones de comprobar con verdadera satisfacción la vasta erudición, el ardiente interés de neófito por los problemas contemporáneos, en una palabra, he advertido una trayectoria con frecuencia luminosa hacia las altas esferas del pensamiento humano.

Pero volvamos a esa Calle Real, cuya proximidad a diario me solicita y que, por lo demás, desempeña un papel principal en las costumbres locales y absorbe una gran parte del tiempo de los

que tienen la suerte de pertenecer a la clase elegante, joven y ociosa de la ciudad. Como los cachacos, como los dandys que se exhiben en los Campos Elíseos, he querido yo también pararme apoyado en el bastón, con chistera y con una orquídea en el ojal de la solapa de la levita, he querido, repito, perder una o dos horas en las esquinas de las calles, en pleno ir y venir de las gentes hacia finalidades indefinidas de interés, de callejeo o de amor. Punto ése cómodo de observación, en efecto, para verlo todo, para enterarse de todo, para suponerlo todo a través de esas conversaciones repetidas, entabladas al pasar de los amigos que van y vienen, ellos también, movidos por un idéntico deseo de observación y de crítica más o menos mordaz.

Entre ellos se cambian el saludo efusivo que aquí se acostumbra, unas palmadas en el hombro derecho hacia la espalda, y a las primeras de cambio surgen las gacetillas al aire libre; crónica diaria en que todos participan en calidad de reporteros voluntarios, cuando no interesados; crónica a la que nada escapa, cuchicheos sin conexión, indicios que relacionados cristalizan en certidumbres, reputaciones que se consolidan o que se desmoronan con la delectación en lo superficial propia de todos los círculos ociosos, bajo todas las latitudes. Si la conversación decae, la distracción toma la forma de miradas de lástima, burlonas, con que se consideran la satisfacción o la angustia que reflejan en sus caras los enamorados que, con el cuerpo embutido en el chaqué, el bastón en la mano, las puntas de la corbata flotando al aire, miden la acera con las pupilas fijas, como hipnotizadas, en el balcón de su adorado tormento. Esa telegrafía óptica es aquí de recibo, con frecuencia constituye la primera descubierta, es el primer trabajo de aproximación al galante asedio que llevará al muchacho al seno de una familia pasando, claro está, por el señor cura.

Y si por casualidad este supremo recurso fallara, entonces queda el de contemplar el desfile de las mantillas, espectáculo éste al que los no iniciados como yo nos entregamos durante largo rato. Si no temiese el reproche de estar siempre buscando símbolos y diagramas, encontraría uno en la seducción que esos mantos de raso negro de la bogotana llevan en sí. Tal vez reflejan algo de lo que hay de grave y de extremado en la concepción que del amor tiene este pueblo —en esa ternura en realidad sombría, ardiente e ilimitada, más fuerte que la vida, indisoluble en la muerte y que teje, en su trama palpitante, todos los hilos de la eternidad—. Ese atavío de virgen que parece un luto algo menos severo que los otros, que se ve avanzar casi hierático, con un recogimiento impuesto por sus mismos pliegues, con una gracia íntima casi religiosa, con esa sombra que enmarca juntamente con las blondas negras la palidez delicada de un óvalo y de unas facciones talvez un poco uniformes, pero con frecuencia exquisitas, todo esto presenta una fuerza de contraste emocionante, pone un reflejo paradisiaco en esas frentes puras y sin querer se piensa en Fausto: “¡Detente, Margarita! ¡Así estás admirable!...”

Ayer volví a ver a esas delicadas cariátides, pero esta vez más animadas, desbordantes de fuego y de pasión; fue en el anfiteatro de muerte que levanta su graderío de madera a los pies de la mole de Guadalupe. Aplaudían con sus manitas enguantadas, con el frenético agitar de sus sombrillas, la muerte del toro que se arrastraba de rodillas con el estoque hundido hasta la cruz en el morrillo, con un destello indefinible de espanto en sus pupilas, como queriendo preguntar la razón de todo esto, como implorando a la compasiva naturaleza, como poniendo por testigo a las cimas, a las montañas inmutables. Esta agonía, que se crispaba en un espasmo desesperado, las hacía palpar de curiosidad. Todas las caras es-

taban galvanizadas, vibrantes. Se comían con los ojos, como si estuviesen fascinadas por una aparición, a una especie de saltimbanqui amanerado, brutal, multicolor y encantador que, en el redondel, se adelantaba con precauciones estudiadas de actor y con las piernas flexibles, paso a paso.

Este matador con traje de luces rosa pálido adornado con alamares negros, teniendo en una mano la montera y en la otra el estoque envuelto en la roja muleta, brindó con voz doliente la muerte del toro a una hermosa, y el hada aceptó sonriente el holocausto sangriento.

Había una antítesis chocante entre la feroz alegría del ambiente, entre el colorido, a pesar de todo intenso y embriagador, del espectáculo y la gran melancolía que sobre él irradiaban los Andes, los Andes que extendían sus tristes lomas piramidales, sus obeliscos grisáceos separados unos de otros por verdes declives, por pequeños derrumbes de suave inclinación, coronados de hierba. La sombra prematura de la tarde se extendía por su base y parecían declararse irresponsables de la ferocidad de los hombres. El matador sacaba el estoque ensangrentado del cuerpo de la bestia fulminada. Un rayo de victoria, que iluminaba también ese bello rostro moldeado con tanta gracia, decía con más violencia que nunca el dualismo eterno y cruento del amor y de la muerte.

Fuera de la plaza, casi sin transición, reinaba una armonía de reposo y de suavidad, que se deslizaba por el aire con la caída de la tarde adorable de este bello día, con el enternecimiento de la luz que va a extinguirse. Y yo saboreaba esa poesía profunda y propia de los paisajes y de las cosas que la fuerza de la costumbre hace a veces imperceptible para los aborígenes; poesía emanada de las campanadas que llegan de todas las iglesias, que señalan esas horas rosa, esas horas indefinibles que lo mismo pueden ser de la mañana que de la tarde, poesía emanada de la gran lí-

nea violeta de las cordilleras bajo el sol expirante, poesía emanada del incendio áureo de las capillas, allá arriba, en la paz ilímite de Monserrate y Guadalupe. ¡Qué impresión más voluptuosa y fúnebre la que surge de las cosas, como la vibración prolongada de los siglos muertos! Y entonces me doy cuenta de que amo, más allá de toda expresión, con delectación y gratitud, la plegaria musitada, el recogimiento que se cierne eterno sobre esta ciudad.

Una noche muy oscura, la novena de mi llegada a esta ciudad, después de comer solo en el hotel, he vagado al azar de los sueños y de las insinuaciones del país nuevo. Las noches de Bogotá son frías y es imprescindible una gabardina de abrigo, pero una vez bien envuelto en ella da gusto deambular por mi oscura calle de Florián, en la que las hermosas casas de en frente están iluminadas como para alguna fiesta; da gusto aventurarse en la sombra en la que, de trecho en trecho, un foco eléctrico arroja una claridad polar suspendida en aristas de hielo.

Sin tardar, la luna brusca e indiscreta emerge por el ángulo de un tejado; pero ésta también es una luna especial, una luna que se antoja extraordinariamente exangüe —otro efecto, sin duda, de la altura—. Baña todas las siluetas de piedra con su irradiación de hielo, ahoga, hace estremecerse bajo su luz pura de plata derretida, bajo una lluvia de rayos árticos a través de un cielo índigo violento. Luégo, a su vez, se eleva en el horizonte el gran triángulo blanquecino de la luz zodiacal, la misteriosa aurora de la media noche, con su vértice orientado hacia el cenit, como el reflejo de un incendio que ardiese al otro lado de la tierra. Y el supremo hechizo de las estrellas, el titilar de las innumerables luces encendidas de uno a otro polo del cielo: Eridano, Perseo, Andrómeda, Atair, vienen a completar la magia de una noche de octubre.

Siguiendo por calles estrechas, sombrías y vulgares, he llegado al parque de Santander. El astro helado se filtra a través del follaje poco tupido de los eucaliptus y algunas parejas, que proyectan una sola sombra, pasan bajo el manto de su misterio y el monumento en bronce de ese general original y bromista, sobre su pedestal berroqueño, alza su silueta amortajada en la claridad gris ceniza de los arriates de flores. En frente se abre un gran espacio deslumbrante en un muro negro: es la iglesia de La Tercera resplandeciente de luces. En el interior se advierte una muchedumbre que se inclina, un conjunto indefinido que se arrodiña. Los muros, los pilares, ostentan una extraña profusión de oros, de exvotos y de adornos recargados. Vasto templo, tan bello como antiguo, que conserva intacto, en los paneles de sus puertas y en los altares de madera tallada, la marca arcaica, el puro y suntuoso sello que los españoles le imprimieron. Esta noche el altar mayor brilla como una ascua y en el haz de luz que irradia, que viene a bañar la acera, se alzan, fuera, otras sombras sepulcrales, oprimidas, otras palideces de virgen en el marco de las mantillas. La señal de la cruz, que cae de lo alto del púlpito, pasa como una corriente eléctrica sobre todas las gentes, inundándolas de arrobamiento y de alegría. "Se cree en Dios, dice uno de los que están a mi lado, cuando se contemplan sus ángeles."

Algunos pasos más allá —contrastes frecuentes en este país de candoroso catolicismo— se iluminan, sospechosas, las tiendas mal afamadas, en donde cuelgan del techo racimos de velas, en donde el ron y el aguardiente hacen estallar en la atmósfera de humo el diapasón de las voces roncadas, en donde, detrás de un tabique de papel, se extiende una cama rudimentaria. Después de haber comprobado el mezquino color local de esta escena veinte veces repetida, terminé por ir a preguntar sus impresiones al desierto, al silencio que se

hace cada vez más sordo, en el camino de Chapinero, bajo la discreta sombra de los árboles. Los altos eucaliptus que bordean el parque del Centenario producen, al soplo de la brisa, susurro fúnebre y casi eterno, peculiar del follaje que recuerda el de los cipreses que cobijan las tumbas. Levemente azulados por una cara, levantan por la otra hoscas tinieblas atravesadas por rayos estelares. Sostenida por columnas, la cúpula, que rematan las alas desplegadas del cóndor, dibuja sus arcadas negras en la tierra blanca; y, allá arriba, en la noche clara y estremecida, en la cúspide de Monserrate, una luz vela, estrella terrestre perdida entre los astros del cielo.

Por ser día de fiesta, o mejor dicho, noche de fiesta —una de las innumerables solemnidades religiosas del calendario colombiano— hay alguna animación en ese barrio donde, fiel al tenducho mal oliente, el pueblo humilde se apretuja ávido de los paraísos baratos que promete el alcohol. También es verdad que más adelante, por el camino de la Sabana, barrido por una claridad de nieve, se ven grupos que vuelven de paseo con brazadas de flores. Nada hay en ellos de alegría exuberante, nada de vociferaciones, sólo se advierte ese contento honesto y suave que inspira la naturaleza maternal y sana. Andan en filas ligeras, a lo ancho de la carretera, seguidos por sus sombras gesticulantes y precedidos del músico que les dirige punteando su guitarra, como un menestral de la Beauce.

Luégo, muy tarde ya, volviendo sobre mis pasos a lo largo de la Calle Real, que se duerme una vez más desde hace tres siglos en el mismo sudario de paz y de sombra grave del tiempo de los virreyes, me cruzo con los vestidos blancos de las damas, y con los trajes negros de los caballeros que van al baile. Hasta me encuentro, quién lo creyera, con algunos noctámbulos. ¡Oh modernismo,

oh preocupación desenfrenada de la imitación, he ahí una de las tuyas! Pues, ¿qué pueden hacer en la Plaza de Bolívar, corazón desierto de la ciudad, que levanta seco y frío el cuadrilátero de sus tejados sobre el azul astral? Sin duda, desdichados, alguna obsesión les persigue, llamada palpitante y lejana, añoranza, talvez, de las alegres parrandas de Montmartre. Poco importa, las horas de oscuridad pasan. La humedad empaña el pavimento rugoso. En frente las torres de la Catedral, testigos eternos de un sueño religioso, perfilan en la altura su plegaria gemela. Se vaga, de un extremo a otro, bajo Las Galerías, se contempla pasar los pálidos reflejos de la luna por entre la columnata del Capitolio, que sería un monumento imponente si estuviese acabado. Los claros de la luz boreal se alargan como los arcos de un acueducto sobre la gran escalinata; en ese silencio sepulcral el pitar de los serenos apostados en las esquinas de las calles, se repite hasta el infinito, debilitándose como el grito del centinela a medida que se aleja. Sobre todo, se bosteza con rara unanimidad. Pero, ¿qué más da? Lo esencial es que las horas, durante las que es de buen tono y parisino estar fuera de casa, pasen; y muy serios, como quien cumple con un deber social, los trasnochadores deambulan.

Entretanto, por encima de la Catedral la masa oscura de los Andes se escalona, se redondea con su incomparable grandeza, en algunos sitios la acarician reflejos atenuados, esas transparencias azuladas a las que son tan aficionados los pintores de fjords; mientras que, de pie y sola en el centro de la plaza desierta, en una plazoleta cuadrada, la estatua hierática del Libertador, debida al cincel de Tenerani, que se alza sobre un pedestal macizo entre dos árboles, parece velar, como el Paladion de la antigüedad, el sueño de la ciudad amada.

Por fin, yo también vuelvo a casa siguiendo la

estela de plata de la calle de Florián, contemplando en el duro azul nocturno la Cruz del Sur, que inclina, más fraternales y significativos sobre esta tierra creyente, los estigmas de oro de su silueta divina.

Otra vez tiempo de páramos. Así se llaman las neblinas mezcladas con llovizna que se condensan en las alturas y principalmente en éstas. Después de haber pasado sobre la Sabana no dejan nunca de envolver a Bogotá. Por extensión, el término "páramo" se aplica también a las propias mesetas tan frecuentadas por esas brumas e igualmente a los nevados que el Ruiz o el Herveo alzan como tablas en las altitudes más aisladas de los Andes.

Una luz blanca desciende del cenit lúgubre, ilumina sin fuerza las habitaciones y las cosas. El cielo, de algodón, parece bajar a nivel de los tejados. Hasta se siente el parecido con los días oscuros de Londres, con su spleen, con sus aceras brillantes, con su atmósfera amarillenta, con sus fantasmas humanos que se mueven en el humo de las fábricas y en las emanaciones penetrantes del Támesis.

Sin embargo, hacia las tres de la tarde el viento disipó nubes, neblina y lluvia, y aproveché el tiempo despejado para, deseoso de conocer a la colonia extranjera, asistir a la inauguración de una fábrica de vidrio bávara recientemente instalada en un arrabal de Bogotá.

Todo el elemento exótico de la ciudad, en efecto, se encontraba allí, agrupado en los sitios previamente reservados, yuxtapuesto pero no confundido. Era una síntesis minúscula pero exacta de la diversidad europea. Alemanes rubios, jóvenes, serios, cantadores y bebedores intrépidos que dan la impresión de cohesión y de seguridad en sí mismos; franceses llenos de malicia, nerviosos, algo desorientados, que exhalan un involuntario efluvio de desconfianza y de envidia; ingleses fuertes, rubicundos y dispuestos a fraternizar; italianos

de caras sospechosas, miserables, desconocidos, circulan por entre los grupos. Cada uno aparecía tal cual era; la etiqueta colombiana, más o menos sincera, que cada uno observa para las necesidades de la vida o del comercio, se había quedado en el guardarropa. Después de la tradicional libación, no sin algún barullo dentro de la solemnidad, lo que constituía casi la vuelta al color local, el director de la fábrica tomó la palabra y en un **speech** cuyos términos sorprendían en boca de un antiguo cervecero, rindió homenaje a aquellos fenicios que descubrieron y transmitieron la fórmula sagrada del vidrio. Luégo, en el colmo de su cortés eclecticismo, hizo ejecutar por la banda de música, sucesivamente, los distintos himnos nacionales de sus invitados. Pocas veces me fue dado asistir a un curso tan completo de música comparada. De la **Wacht am Rhein** y de la **Marcha Real**, los instrumentos de viento pasan mugiendo al **Yankee Doodle** y a la **Brabançonne**. Francia tampoco quedó olvidada; pero me pareció que no eran los compases triviales que suelen destrozar los orfeones de provincia en la recepción de un candidato. ¿Efecto de una patriotería absurda? No lo creo, todo el mundo escuchaba, bien es verdad que los extranjeros escuchan siempre el himno de esos locos de franceses. Y me parecía, al oír los acordes de la marcha de Sambre-et-Meuse en este recinto industrial en el que todo refleja la fuerza de la patria alemana y la confianza en ella, que era casi como un homenaje que se rendía a la vieja gloria y a la victoria de Francia. Pues bien, sin amor propio nacional, de todos esos aires, los unos chispeantes como polcas, los otros más solemnes que un cántico de iglesia y aquéllos, por fin, que huelen a jarana, como los estribillos de los cantos báquicos, de todos ellos no hay más que uno por el que pase el soplo del campo de batalla y del huracán popular, la embriaguez con-

tagiosa de las noches de revolución: el ¡Allons, enfants de la Patrie!... de Rouget de l'Isle.

Después de las excursiones a la Bogotá moderna es su pasado, el indeciso fulgor de su leyenda, lo que atrae con más fuerza. De menos historia que la nuestra, esta tierra de los Andes es, sin embargo, ya rica en episodios y en lecciones trágicas. Con frecuencia al alzar de los paseos se detiene la mirada en alguno de esos techos, legado de los conquistadores, que son los restos, los vestigios un poco sombríos, un poco empañados por la pátina de los siglos, todos son de un dibujo y de una elegancia bastante semejantes, todos están constituídos por revestimientos antiguos de madera con fondos blancos, con cruces, con rosetones y artesonados dorados y sea en el Banco, en el Correo o en la encantadora Capilla del Sagrario, todas esas muestras de arte perpetúan algo que se quedó ahí del alma de la noble España, el perfume de Castilla, del que esos viejos salones no han podido aun desprenderse.

Con anterioridad a ellos, lo sé, está el misterio atrayente, casi indescifrable en la actualidad de la América anterior, el misterio de esas edades silenciosas que se desarrollaron con anterioridad a 1492, de las que nada de escrito y casi nada de construído ha sobrevivido. Y, sin embargo, esos pueblos fecundos que, diez veces más numerosos que ahora, ocupaban una tierra aun mucho más dorada que hoy, esos pueblos existieron, esos pueblos florecieron. ¿Qué sueños habían forjado antes de descender así, por completo, en el polvo eterno? ¿Qué pensaban, qué creían los dueños de esas joyas encontradas en sus tumbas antes de abandonarlas a la rapacidad de los vencedores? ¡Ah! Sin duda, al desaparecer, en el último instante debieron implorar por vez postrera a sus dioses, y de la maldición que entonces profirieran tuvo que germinar, con dos siglos de intervalo, la semilla de rebelión y de expiación continuada en las vici-

situdes de España —piensan algunos—, digamos sólo en los desgarramientos de esta América moderna que se degüella fratricida sobre sus tumbas.

Desde entonces un olvido inmenso cayó sobre ellos. Lo poco que nos legaron fue destruído por un fanatismo indigno de la victoria. Los jesuítas, que en el Perú quemaron las recopilaciones de la literatura quechua, se decían: ¡Nada hay antes de la cruz!, como otro, antes que ellos había dicho: ¡No hay ciencia fuera del Corán!, barbarie aquella igual a la de Omar.

Y hasta los museos, cementerios de la historia en los que los vencedores se permiten el lujo generoso de inmortalizar a los vencidos anonadados, los museos aquí nada o casi nada nos dicen de esos desaparecidos. Una visita que hice al de Bogotá constituyó una de mis más amargas decepciones. Ahí, por lo menos, pensaba, una punta del velo formidable habrá sido descorrida. Mi error se desvaneció bien pronto. Decididamente los hijos efímeros de los Zipas ya no nos revelarán nada nunca. Dos o tres reliquias únicamente atraen la vista, pero son modernas, la cama de Bolívar, en caoba, estilo imperio, bastante rococó; por el contrario, cuán evocadora bajo el fanal que la resguarda resulta una bandera que es casi un símbolo si se piensa en todo lo que llevó en sus pliegues, el estandarte auténtico de Pizarro, de seda blanca un poco ajada por el tiempo, pero de una elegancia exquisita y cruel con sus cruces recamadas y sus florones de oro.

Y eso es todo. Una pobreza casi increíble de antigüedades aborígenes; sólo algunos objetos de barro, insignificantes; ni un documento relativo a los mismos muisca, definitivamente acabados, borrados para siempre de la tierra que los vio nacer. Se me había aconsejado la excursión a una laguna célebre, olvidada hoy, donde antaño se desarrollaban los ritos fastuosos de su poderío.

El día de la coronación todo el pueblo de Cundinamarca, los dos millones de indios que lo constituían entonces, se reunía alrededor del cacique supremo, del emperador, en las márgenes de la laguna de Guatavita, allá arriba, en las montañas, detrás de la Sabana. En medio de ellos el monarca se desnudaba; luégo, unguento todo el cuerpo con una ligera capa de miel, se revolcaba sobre polvo de oro. De esta forma se presentaba a su nación como un ídolo refulgente. Empero, barcas sagradas le aguardaban y escoltado por sus familiares, por los dignatarios del reino, se dirigía al centro del lago y llegado a él se detenía de nuevo y, después de esperar a que su superficie recobrase la tersura, inclinándose, adoraba al sol en el espejo de las aguas. A ese dueño del mundo ofrecía, arrojaba a manos llenas, libación generosa, todo el oro de sus arcas, sus joyas, la lluvia glauca de esmeraldas, y finalmente, se inmergía, abandonando así a las ondas su magnífico atavío, para emerger desnudo, desposeído, hombre como todos los demás. Y así, por haberse humillado ante el Dios que le había reconocido, que había aceptado su homenaje, reaparecía consagrado como su propio hijo, heredero del prestigio divino. De aquí nació en parte esa leyenda de El Dorado, perdición de tantos conquistadores, de Quesada el primero, que, tomando, como el mono de la fábula, el Pireo por un hombre, se lanzaron en su persecución hasta el territorio de los mitucas, en las orillas del Casiquiare en busca de "el Ofir imposible de alcanzar", del reino fabuloso gobernado por el Rey Dorado.

El desenlace de la leyenda pertenece a la historia. En 1580 un comerciante de Santafé, Antonio de Sepúlveda, fue a España y regresó portador de una real cédula que lo autorizaba no sólo a desecar la laguna de Guatavita, sino a reclutar cuantos indígenas se necesitasen para ese trabajo. Sin demora puso manos a la obra; pero las di-

ficultades inherentes a la altitud, a la repugnancia que ese trabajo sacrílego impuesto inspiraba a los indios, fueron complicaciones imprevisibles. Ya estaba abierto un canal entibado, gracias al cual las aguas descendían dejando un poco de las márgenes al descubierto y en seco algunos objetos de oro, algunas esmeraldas por valor de seis mil ducados —300.000 francos aproximadamente—, cuando el invierno, olvidado, volvió brusca-mente por sus fueros. El genio de la laguna se en-fureció, provocó lluvias diluvianas que se preci-pitaron por el canal arrollando los puntales y ce-gándolo. Para volver a empezar faltaron los me-dios y el valor. Inaccesible, inagotable, la mágica profundidad del lago conservó sus tesoros del mis-mo modo que la bahía de Vigo guardó los suyos.

El recuerdo que se dedica a los desaparecidos evoca, indudablemente, a su vez, el de los opreso-res. Así, no me admiraría que las sombras de Fre-dermann y de Luis de Lugo, Adelantado del Nue-vo Reino, se aparecieran en las noches lóbregas en el atrio de San Francisco o en las alturas de Monserrate. Ya que es una de las características de estas remembranzas que al compadecer a los vencidos no se pueda evitar la admiración por la osadía de sus crueles y heroicos vencedores.

Había entrado en la vieja iglesia y allí, de pie, a la luz que se filtraba por las vidrieras, medio consciente, medio soñando, como Washington Ir-wing ante el manuscrito de la Abadía de West-minster, me entretuve en evocar sus almas erran-tes aun bajo estas bóvedas claras. Veía fantasmas silenciosos detenerse entre sus pilares como cuatro siglos antes lo hacían todos los que sobre estas lo-sas humillaron sus armaduras; todos, los de la con-quista y los que después les siguieron, los que es-grimían la espada y los que removieron el oro, los Venero de Leyva, los Díez de Armendáriz, los Ez-peletas, los Manuel de Guirior y el virrey obispo, soberano de báculo y mitra; y los rudos buscado-

res de metal, los verdaderos buitres de los Andes, los Juan de Ampudia, los Gaspar de Rodas, los Francisco César, que en busca de un país de maravilla habían sometido el Sinú, la Sierra Nevada, el Chocó y Antioquia. Y todos evocaban las épocas de cruzada y de epopeya, los empenachados tiempos de la Real Audiencia y de la presidencia, cuando Bogotá recibía del rey de España el título de **ciudad muy noble y muy leal**. Y la mayoría, sin embargo, bajaba la cabeza como si toda la sangre vertida por esa Golconda se levantase contra ellos, acusadora. Confesaban todas las rapiñas ordenadas por ellos o refrendadas de su puño y letra, que habían permitido la organización colonial del gobierno general de las Indias, con sus dos Secretarías, la del Perú y la de Nueva España, la primera abarcando una jurisdicción que iba de Panamá a Buenos Aires. Confesaban todo lo que había sucedido al amparo de esa división de las colonias en provincias mayores y provincias menores, virreinos y capitanías generales, cuyas interinidades, confiadas al primer venido, constituyeron una plaga tal que los reyes de España tuvieron que, a la vez que a los titulares, designar, en pliego lacrado, a sus sucesores. Reconocían la constante impotencia del Consejo de Indias para reprimir sus abusos. Se atribuían la parte que les correspondía en las exacciones y en los crímenes sin nombre con que se mancilló el sistema de los **encomenderos**, colonos a los que se concedía en propiedad, lo mismo las villas que los campos, los habitantes al igual que los terruños. También la tomaban en lo relativo a esas farsas que se llamaron **juicios de residencia**, investigación local ante la que los gobernadores debían rendir cuentas y que nunca dejaron traslucir más que las colusiones más desvergonzadas entre los investigadores y los residenciados. Convenían en lo abrumador del yugo de esa madre patria que prohibía "bajo las penas más severas", dice Pereira, "plantar vi-

ñedos, olivares, cáñamo y demás plantas industriales de la Península”, que negó por pluma de Carlos IV “permiso para fundar una Universidad en Mérida, so pretexto de que la instrucción no convenía a los americanos”; que sancionaba la prohibición de la lectura de la “Historia de América” de Robertson, hasta con pena de muerte; mientras que, paralelamente, el comercio de las colonias estaba monopolizado por la **Casa de Contratación** de Sevilla y la venalidad de los funcionarios de Indias no dejaba más alternativa que la concusión para los poseedores de oficios y la expoliación para los administrados.

Al igual de los indios, que exterminaban con el trabajo de las minas, esos insaciables acaparadores de tesoros también pasaron. Los adelantados y los virreyes han ido a confundirse en el mismo polvo que ellos. De vez en cuando, recorriendo su antiguo imperio, se encuentran algunos vestigios que pregonan su grandeza: un puente, un tramo de camino mejor o peor conservado. En Bogotá mismo, donde la sólida Catedral, victoriosa de las convulsiones de la tierra, ha salido de sus manos, se ven algunos restos de la suntuosa mansión de los virreyes de Nueva Granada, pero su recuerdo permanece maldito; se les llama, es cierto, titanes, pero se entrega su memoria al odio de los chiquillos que van a la escuela, al odio de esas generaciones en botón que, no obstante, son sus hijas.

Esta mañana he almorzado en un ambiente de lujo completamente parisiense, en casa de uno de los miembros más ricos y de personalidad más acusada del partido liberal, de ese partido que aspira ahora al poder “como Jesús en la cruz, al cielo”. Consideraciones de política comparada constituyeron casi el único tema de la conversación. La proximidad de las elecciones presidenciales, ciertos rumores, por lo demás endémicos, de revolución, la animaban con su sabor de actualidad.

De hecho esas discusiones sobre personas y pro-

gramas, esas sutiles cuestiones de matices, en modo alguno inflexibles, susceptibles, por el contrario, de atemperarse a las conveniencias personales, absorben la mayor parte del tiempo y de las fuerzas combativas de los suramericanos. Tal vez merecieran éstas un empleo más práctico. Deslizar la palabra mágica de "política" entre dos períodos de una frase es como prender fuego a la santa-bárbara, es exponerse a una explosión. No hay indiferentes; los más apáticos se enardecen, los corderos se convierten en leones y hasta las mujeres toman parte en la discusión; sus cabecitas ligeras están dispuestas a volcar en ella toda la pasión de que son capaces. Se entablan ¿quién lo diría? debates irreducibles, encantadoras controversias. ¡Pueblo feliz que todavía tiene fe! En Francia, donde esa pasión por el foro va quedando relegada cada día más a la categoría de tópico de mal gusto, donde las exhibiciones de la farándula parlamentaria no llaman ya la atención de las gentes, no se concebiría el ardor que los contendientes ponen en esas justas, si no se supiera que el asunto—admitamos que desde el punto de vista doctrinal solamente—va unido de modo muy íntimo, la mayor parte de las veces, a una preocupación de orden personal. En tiempo de guerra civil un ciudadano sin opinión se encuentra en la misma situación que el dedo cuando está cogido entre el árbol y la corteza. Como no tiene a nadie que le defienda, es víctima de los dos bandos. Por otra parte, como los salarios de los empleados en el comercio son irrisorios por lo general, es natural que, por necesidad, se intrigue para conseguir un destino del gobierno mejor remunerado. En resumidas cuentas, la langosta administrativa que se precipita sobre el presupuesto granadino tiene unas mandíbulas que no son ni menos voraces ni menos exigentes que la del otro lado del Atlántico.

De aquí los asaltos al poder a que periódicamen-

te se entregan los insatisfechos. Desde 1820 Colombia ha padecido no menos de setenta y seis revoluciones o conatos de revolución. Durante ese lapso el país no ha pasado arriba de ocho años sin disturbios. El período más largo de paz interior fue de 1886 a 1895. Cifras que exceden en mucho las relativas a Francia.

Pero se juzga siempre con equidad a estos pueblos en mantillas. Son niños grandes y cada uno a su debido tiempo dará hombres —véase México, Chile—. De momento todo el mundo está de acuerdo en que la crítica es fácil, demasiado fácil. Los colombianos han hecho mal en conceder tanta importancia al ingenio sectario y exuberante del conde de Gabriac. Hubiera sido más “ático” considerar como un reproche lo que el autor, con mediocre estilo literario, aspiró a que fuese un retrato. Si algunos se indignaron, otros supieron con ingenio, que es mejor tomar el desquite. Por mi parte prefiero hacer extensivo a todos estos Estados embrionarios el magnífico grito de guerra y de progreso del gran país oceánico: ¡Adelante, Australia!, repetido ayer no más por la Rodesia. ¿No surgirá el verdadero libertador que despierte, por fin, a esta Nueva Granada, a la que tanto se quiere a pesar de sus desfallecimientos y de sus defectos? El Porfirio Díaz que la grite: ¡Adelante Colombia!

Porque eso es precisamente lo que necesita este país tan maravillosamente dotado y equipado por la naturaleza: un buen tirano. Su sistema de poder personal tomado de la constitución yanqui, que periódicamente se intenta en vano aclimatar en Francia, no es tolerable más que a condición de que haya una dirección tan esclarecida como fuerte que compense por su prestigio exterior la reglamentación frecuentemente severa, talvez opresora de las libertades cívicas. ¡Por un dictador inteligente que surja en Santiago y en México, cuántos Celmans, cuántos Francias, cuántos Crespos!

Sin duda, la condición de la humanidad es de tal naturaleza que es preferible ser temido a ser querido, ¡pero por lo menos que sea en nombre del interés superior de ella, de la humanidad! En fin, para quien se preocupa meros de las palabras que de las realidades, ¿no es un despotismo bueno o malo, no es un cesarismo verdadero lo que representa un régimen que confiere a un Mac Kinley, a un Díaz, a un Crespo, una omnipotencia idéntica a la que motiva por parte de sus propios administrados la compasión más elocuente con respecto a los súbditos de los zares? Por una ironía que retrata admirablemente a esos sempiternos incautos, los hombres, la palabra república encubre precisamente la antítesis de todas las ideas republicanas; es algo nuevo y viejo a la vez, la disciplina bárbara o constructiva, según los casos, del imperio electivo. El azar que rige la lotería presidencial permite, por otra parte, ver en ella una regresión no sólo a la monarquía constitucional sino también a la monarquía de derecho divino. La aberración popular, la corruptela en caso de necesidad, son soberanas.

Considerado en sí este problema recuerda bastante la época anterior a Austerlitz en la que las monedas de cinco francos llevaban grabado en el anverso "Napoleón Emperador", y en el reverso "República Francesa". Y este parecido ha sido, además, enunciado públicamente. El ministro de Francia, con mucha gracia, me citaba el otro día a este respecto la frase oída por él hacía algunos años en plena Cámara chilena, antes de la caída de don Pedro: "Señores, decía el orador, en América del Sur no hay más que dos países que merezcan tenerse en cuenta: el Imperio de Chile y la República del Brasil". Habrá que reconocer que el dicho fue singularmente profético.

Sea de ello lo que quiera, los colombianos parecen sinceramente aferrados a esta clase de república; sospecho que lo que les importa sobre to-

do es el marchamo, el nombre, que para ellos se identifica con las ideas de Darwin, con el concepto estilizado de gobierno a la moderna. Las tendencias a lo Warwick que se han prestado a Bolívar, murieron con él. En Bogotá se enseña el balcón por el que su amigo Ospina le hizo escapar y el puente bajo el que se ocultó para no morir con ellas.

No es fácil imaginarse el estupor, la indignación, el clamor popular, las acusaciones de golpe de Estado que provocaría en Francia un presidente que estuviese decidido a realzar un poco su personalidad, a ser algo más que una nulidad más o menos decorativa que sirviese únicamente para recibir, brindar, montar a caballo y pasar revista a las tropas en nombre de Francia. Aquí todo está sometido a la voluntad o al veto de ese supremo magistrado. Todo se elabora en su despacho, al amparo de su poder discrecional. Administra a capricho el erario sin tener que rendir cuentas a nadie, dispone de prerrogativas que provocarían las protestas de los elementos más conservadores de la conservadora Alemania. Se preocupa poco del Congreso, especie de gran Consejo de Colombia, que se reúne seis meses en dos años, satisfecho con aprobar con un gesto de la cabeza todo lo que por fórmula se tiene a bien someterle.

Por lo demás, se ve poco al presidente señor Caro (1). No sale casi de su palacio de San Carlos. La gente dice que está siempre abstraído en meditaciones virgilianas. He leído algunos de sus versos que brotan con la brillantez, facilidad, fluidez y gracia peculiares de los suramericanos y he ahí cómo un pueblo de literatos ha elegido a un poeta para piloto de sus destinos.

En cuanto a la diferencia esencial entre los dos

(1) Desde la época en que escribí estas líneas ha tenido dos sucesores: el señor Manuel Sanclemente y el señor Manuel Marroquín.

grupos políticos, conservadores gubernamentales y liberales opositoristas, no descansa, en suma, más que sobre el concepto divergente —siempre moderno— de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Mi interlocutor de esta mañana se esforzaba en querer convencerme de que si los liberales reconquistaran alguna vez la famosa poltrona, no habría para ellos nada más importante que los intereses mineros, nada más urgente que la disminución de los gravámenes aduaneros, tendrían a gala concertar un buen arreglo en relación con ciertas antiguas deudas nacionales, relegadas al olvido con tanta desfachatez por esos condenados conservadores. ¡Ay de mí! ¡No es sólo en la barbería de Fígaro donde se afeita gratis... mañana!

¿Sería oportuno traer aquí a colación la frase casi profética, mucho me lo temo, de Chateaubriand? “En mi opinión, decía, las colonias españolas hubieran ganado mucho organizándose en monarquías constitucionales. La monarquía representativa es, a mi juicio, un gobierno muy superior al republicano, porque destruye las apetencias individuales al poder ejecutivo y porque al orden une la libertad.”

Libertad y Orden, he ahí precisamente el mote inscrito en el escudo colombiano. La unanimidad del deseo prueba el acuerdo absoluto en cuanto a la finalidad; pero, desgraciadamente, es en el procedimiento en lo que difiere. ¡Ojalá pueda el porvenir, lo deseo de todo corazón, redargüir la vigorosa sentencia del hidalgo bretón!

A la inversa de la mayor parte de los viajeros, siempre he creído que el interés que ofrece una nacionalidad reside menos en su aristocracia, en la que los modales, los convencionalismos, la hipocresía social embotan la originalidad, hacen al actor humano impersonal y vulgar, que en su verdadero pueblo, impulsivo, natural, venero inagotable del genio de las razas. Con el pueblo de es-

ta tierra habré de estar en íntimo contacto en el curso de mi viaje; en cuanto a la *gentry*, quisiera conservar de ella el recuerdo que me han dejado, sobre todo, sus mujeres.

Ante todo, como criatura de amor y luégo como vestal de la llama religiosa en el seno de la familia, considero a la colombiana, por lo menos hasta la viudez, mucho más influyente en realidad que la europea; tiene una autoridad velada más soberana en el fondo de esa sombra desde la que mueve, llegado el momento, los resortes del marido. Y es que aquí las muchachas revelan, en efecto, una personalidad muy acusada. Con frecuencia tienen ingenio y son bonitas. Franquean con más rapidez la edad ingrata, ese período de transición en el que sus hermanas de allende el Atlántico presentan unos brazos tan largos, unas manos tan encarnadas, llevan vestidos sin matices colgados sobre una anatomía deplorable. Niña hasta los doce o los trece años, un día se despierta convertida en verdadera ama de casa, con toda la seguridad en sí misma y con toda la soltura que su papel requiere. Desde ese momento hará los honores de los *eight o'clock* nocturnos, entre las comploteras de dulce de almíbar y las chocolateras nacionales. En cambio, muy pronto será esposa y madre y echará de menos antes, talvez, su juventud. Y, sin embargo, ¡cuánta gracia puede ponerse en el renunciamiento! ¡Las canas también tienen sus encantos!

Y como, además, es armoniosamente formada y con frecuencia elegante, la muchacha colombiana sabe imponerse por el lado de "*muñeca*", aspecto éste, Dios y el diablo lo saben, que talvez cuenta tanto como la belleza en el poder que ejerce la mujer. El único temor que me atrevería a expresar es, talvez, precisamente, el verla ceder, ella también, a la influencia modernista del vestido, que resultaría disparatada en el ambiente de Bogotá, tan particular, de una gravedad sentimental

y católica tan especiales. En suma, y cualquiera que sea la decisión de la tirana universal, la moda de París, el tocado que sienta mejor a la suramericana, el que más se armoniza con ese ambiente de pasión y de fe es, y será desde luego, la mantilla. Es ésta la que da a la mujer de aquí su sello propio y acertado, del mismo modo que la parisien- se tiene el suyo en las plumas raras que lanzan destellos bajo las luces de los bulevares.

No quisiera ver perder a las bogotanas, por un espíritu de imitación insuficientemente aquilata- do, esa distinción personal y encantadora que tien- en. ¿Piensan realmente en todos esos cepos, en todos esos martirios soportados con estoicismo a los que nuestros grandes modistos, en su única preocupación de realizar una silueta ficticia, so- meten sin apelación los pobres cuerpos de antema- no resignados a todo? Dedico esta reflexión a mi delicioso Murillo. Una de esas alondras copetudas a las que una hora de paseo dejaría moribunda soportará, en cambio, impávida, compresiones y magullamientos que no podría resistir un botocuo- do, y eso sólo porque un tunante engomado y re- lamido diga indiferente: "Así es como visto a la princesa X..." ¡Oh Venus de la isla de Melos, oh modelo anónimo que sirvió al cincel del escultor para hacer la estatua de esa diosa, qué incompa- rable forma femenina debiste tener, aunque nun- ca tu cuerpo estuviera comprimido por los cha- qués de un Redfern ni tus pies por los borceguíes de un Ferry!

Sí, su estética merece otra cosa y del mismo mo- do que las delicias del infierno parisino las can- sarían pronto, ningún marco las dará más realce que este sencillo, inmediato, del **home**, de la casa, donde ayer mismo las veía a la luz de las velas, vivas, alegres pasar de un cuarteto de **tiple** al pia- no siempre abierto del valse de moda **Sobre las olas** a la última ópera de Salvayre, a la última pa- yana de Saint-Saens; "o pura y simplemente ha-

blando, como hablan todas con la voz, con el gesto, con la mirada, con todo el cuerpo, delicado gorjeo de pájaros en una jaula dorada. Cuando descansan, adoptan con naturalidad esa actitud un poco lánguida, esa expresión un poco desconsolada que los pintores españoles no han hecho más que reproducir en la pensativa sumisión de sus vírgenes; y ahora y siempre son y serán rasgos atrayentes, el óvalo ligeramente alargado de la cara, la boca soñadora y pequeña, los ojos húmedos bajo sus largas pestañas que se levantan con un movimiento inmenso y suave. Al contemplarlas, vienen a mi recuerdo esos tres algo inimitables que se ven en el museo de Bruselas: los retratos de las tres hijas de Carlos V, de Alfonso Sánchez Coello.

Es la influencia del ambiente peculiar a la tierra de América, el corolario lógico de este espíritu de emancipación, de ese esfuerzo hacia el alumbramiento del porvenir lo que hace vibrar de uno a otro polo el nuevo continente; me ha parecido encontrar en la joven bogotana alguno de los rasgos que Bourget en "Ultramar" pone de relieve en su prima, la mujer a la moda de Nueva York o de Baltimore.

Ante todo, es la mujer bogotana, en suma, dueña absoluta, incondicional, de sus destinos y ni padre ni madre, ni hermano, ni tutor, la contrariarán nunca en su elección irrevocable. Además, como consecuencia natural de su afirmación precoz, en el seno amante de la familia encontrará una dócil condescendencia para sus primeras voluntades, para sus caprichos. La educación que haya recibido en el Colegio de La Merced o en La Enseñanza no la habrá precipitado en la aversión mística del mundo ni en la inquietud de sus perversos disimulos. Educada en la espera apacible y segura de una unión en la que sólo su corazón será escuchado, no participa de las emociones trepidantes ni de los abatimientos de las muchachas

que temen quedarse para vestir imágenes; sus rasgos sin impaciencia dicen bien a las claras que descansa del porvenir sobre el presente, segura de disfrutar, a su vez, de las breves horas divinas que la vida ofrece.

En fin, en el matrimonio encontrará no una nueva sujeción, en ocasiones más severa que la del hogar materno, sino, por lo menos, con frecuencia, un medio de antemano descontado, preparado, de confianza mutua en el que los derechos de la esposa se pesan en la misma balanza que los deberes del marido. Por lo demás, parece que en esa fase definitiva de su existencia las colombianas están a la altura de su felicidad. La mala suerte, piedra de toque de tantas abnegaciones, las encuentra inconmoviblemente fieles a la estrella escogida. Y en cuanto a dejar traslucir los posibles sinsabores que pueda tener su vida íntima, el muro de piedra del hogar es más que sobrado para sustraer en absoluto a las miradas de un tercero ese esqueleto que, según la expresión inglesa, cada familia guarda en su armario.

No es necesario ir muy lejos para encontrar el origen de esa concepción de la vida matrimonial, preferible evidentemente, desde el punto de vista individual y social, a las desavenencias y a los azares de nuestras uniones sin fe. Aquí la devoción, aunque no se caracteriza por su afán de proselitismo, es profunda. Un poco fetichista, lo reconozco, sensual y femenina, es como el viejo cuento de las amas de cría que unas veces adormece y otras asusta a ese eterno niño en mantillas, la humanidad. Vieja canción talvez, viejos cuentos de duendes —de purgatorio, de cielo, de castigos y recompensas—, pero que hasta ahora no parece que se haya encontrado nada mejor para asegurar el respeto de cada uno a la obra del conjunto.

Y sobre todo, tiene la bogotana, lo repito, esa libertad de deseo para todo lo que le parece bello, justo y bueno, para esos desahogos del cora-

zón que no se sofocan por cuestiones de fortuna, de posición, que no cuentan para ella nada, o casi nada, dote, esperanzas de herencia, en fin, todas esas especulaciones más o menos confesables, que en Europa sirven de base a nuestros proyectos matrimoniales. ¿Quién sabe si no es ése uno de los secretos de la felicidad? ¿Si no hay algo de quimera y de trapacería en el culto que nosotros, orientales, rendimos al dinero, que nos cuesta tanto y nos da tan poco? Sí, declaro con verdadera satisfacción, que estimo feliz, generosa y noble a esa sociedad que no desdeña, en nuestra época y en medio de nuestro positivismo de antropófagos, salvar en lo posible la parte del honor; le agradezco que no sacrifique todo al Moloch del siglo, al innoble dinero, y que crea todavía, y a pesar de todo, en una estética mejor. ¿Quién sabe? Le agradezco que, adelantándose a su tiempo, piense que el hombre se cansará alguna vez del último suplicio que haya conservado, de la última rueda a la que todavía se aferra: la de la fortuna.

¡Matrimonio de amor! ¿Existe, sobrevive esa ingenuidad en el día de hoy, en parte alguna de nuestro gran París? Aquí indignaría una unión que tuviese su razón única de ser en la fuente impura de la riqueza. Alguien, el otro día, me citaba el caso, verdaderamente increíble en el bulevar, de una muchacha bonita, con una renta bastante considerable, que no llegó a casarse precisamente por su mucho dinero, pues ninguno de los muchachos que hubieran podido aspirar a su mano querían pasar por pescadores de dotes.

En otro orden de ideas, es interesante preguntarse qué forma particular del arte es susceptible de asimilar la mujer de Colombia y hasta qué punto. Con frecuencia, en efecto, sorprende en una mujer muy inteligente, advertir la tranquilidad, la semiindiferencia casi enfadosa con que contempla una obra de arte que, a nosotros hombres, nos emociona al extremo. ¿Es pura y simplemente fal-

ta de la necesaria percepción? ¿Es efecto de la serenidad natural del sexo que, sabiéndose inspirador de todo arte, se digna aceptar ese homenaje, por decirlo así, de oficio, aunque sea imperfecto?

En una ocasión rogué a una bogotana que me explicase el por qué la gracia colombiana no había inspirado en torno suyo un brote más vivo del arte, por qué no había determinado la vocación de mayor número de pintores y de escultores, y mi interlocutora tuvo esta graciosa contestación: "Si la copia no hubiera estado a la altura del original, se echaría de menos a éste, ¿y qué?, si la reproducción fuera exacta, en ese caso no nos habría revelado nada que no conociéramos, y si la copia fuese mejor que el modelo, nadie querría confesarlo."

Sin duda, señora, pero usted no se refiere más que al presente; ¿y el pasado, quién lo perpetuará? ¿Quién fijará la sombra melancólica de sus negros aladares para que los contemplen sus nietos? Infiérase de ello lo que se quiera, resulta que en esta ciudad no hay, por decirlo así, ni un lienzo que valga la pena, ni una estatua de valor, y lo siento. El gusto en la casa se ha concentrado más bien en la comodidad. Fue Balzac quien dijo: "El lujo es en Francia la expresión del hombre, la reproducción de sus ideas, de su poesía especial, pinta el carácter." No son, ni con mucho, en Bogotá, los matices tan reveladores. Se encontraría, acaso, para explicar ese escaso desarrollo del espíritu estético, una razón más sencilla y remota, la ignorancia profunda y la ausencia casi total de cultura, de curiosidad intelectual en la que los españoles tuvieron sumido a este pueblo para dominarlo más fácilmente. Parece, en efecto, que la política colonial de los conquistadores se haya condensado en la frase del feroz Morillo a Caldas, que le pedía la vida en nombre de sus trabajos científicos: **España no necesita sabios.** Hay, además,

que tener en cuenta, que Colombia no fue nunca, como México, la hija preferida de la Península.

Cualesquiera que fueran las razones que hayan influido en los destinos artísticos de la juventud colombiana, es hacia la literatura, más fácilmente asequible, aparentemente menos trabajosa, menos costosa en cuanto a la materia prima, hacia donde se orientan de preferencia sus aspiraciones, y el resultado es de los más brillantes. Se imprimen en Bogotá bellas ediciones y el contenido de los libros, con frecuencia, está a la altura de su presentación. En cada guitarrista hay un poeta y en cada arriero hay un guitarrista. No pretendo, desde luego, decir con esto que cada arriero sea un autor que haya editado sus obras en la casa de Camacho Roldán; pero sí que hay muy pocos cachacos que teniendo el alma llena de ilusiones, que pensando en unos ojos negros y rimando con soltura, no hayan llenado con sus sonetos, con sus estancias y con sus acrósticos, una o dos columnas de *El Correo Nacional*, de *El Autonomista* o de *El Repertorio Colombiano*. En cuanto a las novelas, que ya constituyen una biblioteca incipiente, dos me han parecido deliciosas: Blas Gil, de Marroquín (1), y aquella página de amor tan exquisita como sencilla, verdadero idilio del abate Prevost, comentado por Chateaubriand: *María*. . . pero ya se sabe el concepto que este libro me merece.

En otras esferas sociales tuve la ocasión de conocer a algunos sabios. Uno de ellos, dotado de ese ardor silencioso, de esa poesía amplia y serena, peculiar de los astrónomos, que construye a sus expensas un segundo observatorio perfeccionado para que en el próximo siglo pueda Bogotá aprovechar su incomparable situación astronómica que, elevada en el cielo en la divisoria de los dos

(1) El presidente actual.

hemisferios, ve los dos trópicos casi al mismo nivel y dos veces por año el sol volver a su cenit.

Este apóstol, al que une con nuestro Flammation una amistad de cerca de treinta años, me sugirió, sin que él se diera cuenta, buen número de reflexiones con sus teorías filosóficas, teorías que ya hoy no levantan tempestades ni encienden hogueras en esta tierra antes tan inflamada de rudo fanatismo. Está este sabio en el otro polo del pensamiento humano. La serenidad rebelde de su "Dios no es necesario", el gesto abandonado de la mano con el que parecía borrar del intervalo cósmico todos esos sueños anticuados de la humanidad balbuciente y confiada; el tono indiferente con el que proyectaba la luz, su luz no creada, la suya, sobre el crepúsculo de los dioses que se desvanecía ante su esplendor, todo, en resumen, en su tranquila y terrible audacia, involuntariamente me inquietaba, me hacía casi dirigir la vista a sus muñecas. Pero éstas no estaban esposadas; sus dedos, en lugar de teas, sostenían un cigarro; sus ojos brillaban, pero al descubierto, y el sambenito no le caía hasta los hombros cual un gorro de dormir monstruoso y grotesco. Ningún olor a pez y a azufre impregnaba el elegante salón en que ese hombre amable se dignó recibirme. Decididamente, pensé, no sólo da vueltas el mundo sino que anda.

Y, sin embargo, ¿no resulta doloroso, agobiador, en el momento en que el ambiente y otros mil indefinibles efluvios os inclinan de nuevo hacia esos mitos consoladores, el encontrar bruscamente ese frío vendaval, el volver a ver abiertos los abismos de la incertidumbre, el encontrarse de nuevo, cara a cara, con la repulsión helada, vertiginosa de la nada?

Felizmente para tranquilidad de las almas, los problemas que ello sugiere no obsesionarán en mucho tiempo las conciencias bogotanas tan piadosamente entregadas al Dios del Evangelio. Sus tres

virtudes teologales no llevan consigo ni vacilaciones ni puntos de interrogación. Hasta en el caso de que los liberales vuelvan al poder, el filo del hacha de sus leyes se embotará contra el árbol secular enrojecido por la sangre de Cristo. Durante muchos años, durante muchos lustros aún, puede asegurarse, la única religión en la que las mujeres han impreso su huella, continuará prosternándose como oráculo intacto bajado de la montaña, no sólo ante las imágenes herméticas e inaccesibles del dogma sino también, y tal vez sobre todo, ante las innumerables reproducciones tangibles, idolátricas, de un naturalismo tranquilo y de un candor tan impresionante; les hará amar, adorar las imágenes revestidas de la Virgen y de Cristo que en secreto son nuestra más íntima reproducción —**el primero porque se ha hecho hombre como nosotros**—; continuará haciendo balbucir en plena Catedral a las niñas de la doctrina —desde luego, sin la menor malicia por ambas partes— explicaciones sobre el nacimiento del Salvador, capaces de ruborizar a un escuadrón de húsares...

Una vez que se ha conocido Bogotá, o poco menos, hay que hacer una excursión por la Sabana, y una vez ésta recorrida se deben visitar las curiosidades naturales de los alrededores, las minas de sal de Zipaquirá, el puente de Pandí y el Salto de Tequendama.

Primero la Sabana. Esta regia llanura, suspendida, por decirlo así, en el aire, cuyo lindero oriental ocupa Bogotá, toma su nombre de la Sabana, cuyo aspecto tiene, en efecto: perfectamente lisa, llana como lo fuera el fertilizante lago terciario que la formó. Dos líneas férreas, de unos cuarenta kilómetros cada una, permiten llegar rápidamente a dos de sus extremos, en Zipaquirá y en Facatativá.

Los indios cuentan que en tiempo de los amores del semidiós Bochica con la diosa Witaca, ésta un día se despertó celosa: ¿a qué rival, "la gran

Luz de la Tierra”, ese genio blanco y barbado que vino de oriente para enseñar a los muiscas las ciencias y las artes, había dado la preferencia? Nadie sabe, como es natural, cuáles fueran los arrebatos de Juno y las calaveradas de Júpiter, pero de paso adviértase el paralelismo de esta leyenda con los antiguos cuentos dorados de la Hélade. Alternativamente la bella Witaca se consumía de despecho o renacía a la esperanza; finalmente, el primero pudo más. Sin poder alguno sobre su esposo, hizo, por un sentimiento de venganza muy femenino, perecer de una vez por un desbordamiento formidable del Funza a todos los hijos de aquél, a los hombres. Vinieron entonces los tiempos del Gran Lago, en los que el viento llevaba de Suesca a Soacha las olas malditas y furiosas. El amo del mundo, avergonzado, sin duda, por tan larga debilidad, y al fin encolerizado, expulsó a aquella abominable mujer, derribó de un puntapié la barrera de los Andes y abrió el Salto de Tequendama, convirtiendo el mar de lágrimas de antaño en el mar de cosechas de hoy.

En efecto, esta Sabana es la que permite la existencia de Bogotá, es la que la nutre y la que la hace vivir, y viceversa, la razón de ser y la riqueza de esa llanura está en la carestía extrema de los víveres en la capital colombiana. Un ferrocarril a la costa la arruinaría. Constituye una zona aparte de cultivos europeos desterrada en esa meseta de la cordillera, entre las estepas cálidas que la rodean. Tal vez podría establecerse el similitud con una copa en cuyo fondo hubiera quedado olvidada una perla.

De esta suerte, Bogotá se presenta como una ciudad única que vive una vida especial y retirada del mundo, que lleva consigo en ese nido de nubes sus recursos, su civilización, su genio y sus sueños. Se diría que un trasgo de la montaña la ofrece en una mano, como una ciudad votiva, al

dios de los espacios. Delante de sí Bogotá puede prolongar sus espejismos sobre la gran superficie del desierto a la que el alba y el crepúsculo vespertino dan, con la escala de sus tintes, ilusiones de reflejos varios. Detrás de ella la vista tropieza con la altitud sombría en la que el mundo conocido termina a tal punto que se la podría creer adosada a un acantilado y cara al mar.

Más lejos, sin duda, mucho más allá de esa barrera y hacia abajo, se abre el umbral de un mundo completamente distinto; es en el despertar de su regia naturaleza, es en la exuberancia que vuelve a encontrar el sol, donde empiezan los llanos, inmensas praderas pobladas de rebaños, verdadero océano de verdura que corre en declive único, suave e ininterrumpido, casi infinito, hasta el delta del Amazonas, hasta las playas del Atlántico. Pero para el que haya nacido aquí, para el que nunca haya salido de aquí, nada hay en esta claridad apagada de la luz, en los fabulosos recortes de las cumbres, de los montes y de las nubes, en esa tristeza pesada propia de los dilatados horizontes llanos, nada hay, repito, que le permita suponer que a algunas leguas, que a poco de trasponer los bordes de la copa en cuyo fondo estamos, la tierra se torna generosa, que el ecuador, recobrándose, hace germinar la juventud y brotar la savia eterna.

Por eso he aceptado, con verdadera alegría, la hospitalidad que me brinda un amigo en su verde cafetal de Ustama, que a una jornada de camino se extiende sobre las muelles lomas de las tierras temp'adas, amenizándose el regreso con una desviación hacia el Salto de Tequendama.

Un día feo, indeciso, verdadera aurora de los famélicos, fue el que amaneció el día de nuestra marcha, pero era el que se necesitaba para tener de la Sabana toda la impresión exacta de su aspecto sobrecogedor, de grandeza lúgubre, de desolación sin detalle y sin acento. Esa soledad gris,

en la que no se ve un árbol y casi ningún hombre, en la que sólo algunas casitas de aspecto deplorable se alzan a enormes distancias las unas de las otras, en cuya superficie cenicienta aquí, verde ajado allí, se alinean hasta el infinito los muros color de tierra que marcan las divisiones de los campos, pero que, con todo, desconcierta, sin embargo, la reflexión, pues no obstante su aspecto árido y mísero, su valor es enorme, su hierba hollada nutre las reses más finas de Colombia y la patata, que sigue siendo la más suculenta del mundo, produjo los primeros tubérculos entre sus terrones grises.

Con la hacienda que se abriga en el valle sin salida del Vínculo empiezan súbitamente los bordes de la copa, con esas montañas ásperas, tristes, peladas, que desde Bogotá no parecían haberse aproximado. Otra vuelta áspera en la que, por minutos, la naturaleza se hace más avara, más fría, y viene en seguida un verdadero caos en el que se multiplican las alturas sombrías, las lomas bordeadas en los barrancos por los últimos arbolillos raquíuticos que tienen en sus ramas largos musgos lanudos, deshilachados, parecidos a las cbelleras verdosas de las ninfas germanas de las aguas; un cielo fúnebre sobre el que sopla continuamente el viento otoñal que arrastra las nubes blancas por el suelo y que no se sabe de dónde viene con sus rugidos de alud. Hace frío y humedad. Por encima de cada matorral se forma un pequeño copo de algodón que después sube hasta el techo uniforme de nimbos en el que se pierde la muralla de las cimas. Algunos saltamontes intentan todavía batir los élitros, pero tan débilmente que apenas producen un ruido metálico parecido al de una armónica que estuviese rajada. Y cada una de las escarpaduras, cada una de las nuevas estribaciones que se van descubriendo a medida que se alcanza el supuesto horizonte, evocan, ya por su intenso y especial desamparo andino, la cadena ti-

tánica a la que se sueldan, la cordillera donde duerme en el aire helado el coloso, el diente nevado de ese Sumapaz cuyo nombre expresa, conciso, el sueño eterno y la eterna impassibilidad. Luégo, bruscamente el desvarío se apodera de uno y bajo su influjo la garganta por la que transito se asemeja a un sendero para niños, rememora a actores de alguna formidable escena, en tanto que con la mirada se busca, instintivamente hacia el este, el otro paso terrible que conduce a través del propio Sumapaz a los llanos, por el valle de la Humadea, sendero por el que, en 1538, llegaron a las tierras altas de Cundinamarca los conquistadores de Fredermann y que, desde entonces, no ha habido jinetes que osasen pasar por él.

Pero el momento inefable, la recompensa de tantos zigs-zags, de tantas subidas en espiral, llega cuando, en la cúspide, de repente, las barreras se apartan, los obstáculos se desvanecen, las lejanías se aclaran y por una garganta abrupta, entreabierta bajo los pies, se percibe a mil metros, en el fondo de la llanura, la maravillosa perspectiva de Fusagasugá, que se extiende radiante bajo el sol de las zonas templadas. Semejante cambio sobrevenido en tan pocos instantes resulta prodigioso: se inclina uno fuera de la silla hacia la sinuosidad abierta en que sonríe verde y hermosa la tierra de Canaán. Y cuando, al cabo de media hora, después de bajar más que de prisa esa escalera de caracol, llega uno a su nivel, entre bosquecillos de árboles, en medio de una vegetación que a cada paso se revela más poderosa, que se enrosca más abundante, que tiende sus bejucos desde las ramas hasta el suelo cual cuerdas de lira, que levanta los álces azules sobre su estipe de hojarasca como si fueran palmeras, que abre la sombrilla de los helechos de cuyas hojas en los extremos se curva un báculo, que inclina en la sombra pesada y venenosa de su espesura la mórbida campanilla del estramonio, ¡qué sensación de descan-

so se experimenta, qué placer se siente al volver a sumergirse, como en una onda fugaz, en el chirrido de las cigarras! En este país dos horas de subida le llevan a uno a Europa, y dos de bajada le sumen en plena temperatura sahárica; entre ambas se está en Niza o en Argelia.

Y ahora, después de saludar al dueño de la casa y de comer a la luz de las velas ante las tinieblas de valles desconocidos, de espaldas a las paredes blancas de una rústica vivienda que se extraña de vernos, nuestras mecedoras se columpian al ritmo de nuestros sueños. ¡Qué extraña voluptuosidad la del silencio, fumando, cuando al ras de los prados centellean los zigs-zags luminosos de las luciérnagas y los cocuyos pasan por la esquina de la casa irradiando como faros sus dos cuencas de fósforo! En el firmamento titilan Argo, Escorpión y la Osa Menor. En una mirada se abarcan la Vía Láctea, el Camino de Santiago, como la llamaban nuestros antepasados, Orión y todo un conjunto de estrellas, mientras que, bajo las masas sombrías de los bosques próximos, alienta el sueño universal.

Y la mágica noche, la noche mil y dos, como en el cuento indio, adormece, envuelve todavía al mundo con sus alas sin vello. ¡Llena de nuestras añoranzas, ebria de nuestros estremecimientos la noche olvidadiza ama y suspira!

La del alba sería cuando empujé las contraventanas de mi cuarto, ¡oh sonrisa, oh alegría luminosa!, y saliendo a la galería, sorprendido, enloquecido aun por todo lo que anoche se vislumbraba en las profundidades de las tinieblas, una vez más me pregunté: ¿por qué este afán de interpretar? ¿Para qué repetirse? ¿Qué cabría añadir a la descripción de esas auroras invariablemente melodiosas, a no ser los matices propios del estado anímico del espectador? Y, además, ¿será cierto que las notas de viaje se hacen más interesantes cuando se añaden muchos **yo** a las perspecti-

vas que ofrece la naturaleza? En fin, durante varios momentos permanecí en el corredor, sin pensar, con las manos apoyadas en la balaustrada mientras salía, insensiblemente, de su entumecimiento, el gran contrafuerte de los Andes, que precisamente en frente cierra el horizonte y va progresivamente perdiendo elevación a medida que se aleja hacia nuestra izquierda. Una franja de luz baña sus flancos que todavía, cubiertos de vapores, ofrecen un aspecto un tanto fantástico. Esa luz le desengrandece, le saca de las tinieblas en que nosotros permanecemos todavía sumidos. El efecto que produce se podría comparar con el de una escena sublime contemplada desde la penumbra del patio de butacas. Se precipita oblicuamente hacia los declives perdidos en los que los recortes de la gran cadena de montañas se apoyan contra el cielo y las dos colinas que nos encierran por los lados forman dos salientes de sombra sobre su torrente luminoso.

Neutralizando el alejamiento todas las proximidades de las cimas están cubiertas de árboles que presentan ese matiz oscuro y severo de los bosques nórdicos, mientras que los declives más suaves que conducen a la llanura invisible, revisten el color verde tierno de los prados. Las diferentes tonalidades de ese verde indican la variedad de pastos; en las líneas blancas que serpentean se adivinan los caminos y los árboles aislados le salpican de manchas azules que se concentran y se alinean a lo largo de los arroyos.

Finalmente, aquí y allá, a distancias que no se pueden evaluar, se advierten una o dos haciendas, manchas de yeso diseminadas, perdidas en la formidable vertiente. Horizonte lleno de una paz bendita. ¡No bastaría, no, la inmóvil serenidad de las montañas! Hasta difunde suaves consejos y oportunos saberes: vivir en paz, disfrutar sin ambición, amar sin reservas mentales! ¡Utilizar el tiempo, que no cuesta nada, en saborear, y no en

devorar la existencia! Se siente uno inclinado al ascetismo indostánico ante este panorama iluminado por una poesía tan sencilla y tan profunda. El mundo podría terminarse aquí; para qué más, basta con Tibur que, mirando al valle, al fondo azul de las simas, levanta en el éter pálido sus tejados de madera. ¡Feliz aquél que teniendo sus sueños por riqueza, a la vista de los campos cultivados por los suyos, sabe contentarse con lo que tiene!

Pero ya vibra el despertar del trabajo con el ruido del paso lento de los bueyes que marchan unidos, con la voz del mayordomo que, al pie de la galería, pasa lista a los aparceros. Es una animación imprecisa de sombreros puntiagudos que van y vienen, que oscilan sin precipitación.

A dos pasos de la casa está la planta para el café. Ofrece ésta el aspecto rústico de una masía provenzal, con las puertas y las ventanas abiertas, con el secadero en el desván, con la rueda de la despulpadora, que gime sordamente, en el bajo, con los trabajadores en la galería alta ocupados sin cesar en limpiar y en sacar el grano menudo y seco del café.

Acabo de presenciar la recepción que los peones hacen al dueño; les vi satisfechos, con las manos torpes en el reborde del ala del sombrero, ofrecer al amo, ausente desde hacía año y medio, su modesto regalo humildemente obsequiado, una gallina, unos huevos bien envueltos, todo acompañado de emocionadas bendiciones, para mi amo. Vi, ¿me creerán?, a las viejas, a las abuelas, juntar arrodillándose, sus pobres manos agrietadas, extendidas hacia él, que es el intermediario entre el cielo y los desheredados de este mundo; y vi también al hacendado volver la vista ante el temor de ceder a una imperceptible emoción —como para recomendar al cielo a toda esta pobre gente, tan amorosa, tan sumisa, tan filial (hasta a los viejos se les dice mi hijo, mi hijita)—.

Sí, he visto eso... ¿qué dirían de esta tenebrosa barbarie y de este oscurantismo los emancipadores del viejo mundo?

Bárbaro yo también, lo confieso, me inclino ante la evocación emocionante de los tiempos patriarcales, quiero con afecto de hermano a estos indios apacibles, a estos tímidos peones. De sus abuelos de la conquista no han conservado más que la dulzura innata transmitida con la sangre, empobrecida por la sangría terrible con que, al filo del hierro español, regaron esta tierra fértil de los Andes. Las cifras suministradas por los mismos conquistadores causan espanto. Los autóctonos de raza pura, que Acosta estima al principio de la conquista en ocho millones, no pasan hoy en día de doscientos mil diseminados en pequeños grupos por los jarales más sombríos de la república. Ya me he referido al testimonio del propio Quesada. Habría materia para un volumen con los datos diseminados de esas brillantes atrocidades. Si los españoles pudieron haberse creído autorizados para usar de represalias para con las tribus del litoral, que, por otra parte, no hacían más que defender la gleba heredada, ¿qué excusa se atreverían a invocar para justificar la locura de exterminio que ejercieron sobre la población de las mesetas, tan suave, tan acomodaticia, tan dúctil, en una palabra, que no pedía más que sacerdotes que la enseñasen a creer y que no deseaba más que conservar la vida a cambio de sus tesoros! Y, sin embargo, con una crueldad fría, implacable, tan insensata como sistemática, podría decirse que el exterminio fue proseguido por todos los medios y a pesar de los esfuerzos desesperados del padre Las Casas y de algunos otros: combates, tormentos, fusilamientos, trabajos excesivos, trabajos en las minas, deportación a las Antillas, donde los desgraciados indios eran vendidos como esclavos—más afortunados éstos que aquellos otros infelices que eran seguidos al rastro por perros es-

pecialmente adistrados en la caza de hombres—.

Y cuando, después de varios años de semejante régimen, se dieron cuenta de que se estaban excediendo en la finalidad que se proponían, cuando se percataron de que regiones antes llenas de vida se transformaban en desiertos, los conquistadores se alarmaron, no por un sentimentalismo pueril sino por el porvenir de su propia explotación. Era, pues, necesario, repoblar, si no se quería perder, no ya el fruto de tantos trabajos, sino hasta la esperanza de hacer fortuna con el tiempo. Entonces fue cuando se decidieron a importar negros de la costa de Guinea. Su introducción fue debida a Jerónimo Lebrón, el mismo que —paréntesis gracioso entre tantos horrores— en 1540 había servido de guía desde Santa Marta hasta Cundinamarca por la embocadura del río César y del Magdalena a la primera expedición de mujeres españolas que vinieron a residir en Nueva Granada. Es de sentir como una ingratitud que la historia no nos haya transmitido el nombre de estas amazonas...

Hay, en fin, que tener por cierto, que hasta 1729, época en la que Felipe V tuvo que prohibir el trabajo forzado de los indios en las minas, esa despoblación espantosa, no sólo en Nueva Granada sino en toda la América española mediante los suplicios, el trabajo sin tregua, las balas, los autos de fe, la indiferencia de los gobiernos locales ante las epidemias, esa devastación de poblaciones inofensivas como ningún invasor encontrara jamás, excedió en espanto tenebroso a los crímenes más inexpiables de la historia.

Se comprende que semejante trato haya conseguido la finalidad que perseguía y que hiciese olvidar a los actuales descendientes de aquellos indios los dioses, las tradiciones, la lengua y hasta el recuerdo de sus desgraciados antepasados. No son hoy los indios más que labriegos de América, salvo aquellos que exentos de todo cruce como los

motilones, los orejones y los guajiros, irreducibles en lo más espeso de sus selvas, han declarado una guerra implacable, eterna, a los blancos y a sus seducciones. Los otros, los que tengo a la vista; sumamente mestizados, usan los trajes que la civilización irónica les impuso, se llaman Gutiérrez, Espinosa, Vargas, lo mismo que los hijos y los bastardos de los conquistadores y les exceden en religiosidad y hasta en superstición. Su tipo, aunque modificado por los cruces, se puede encontrar aun casi puro y siempre característico; cuerpo fuerte, cabellos lisos y negros, tez blanca en las mesetas y más oscura a medida que se descende, y presenta, finalmente, la complexión maciza y sólida, los ojos alargados y los pómulos salientes, que son indicios del parentesco asiático de que hablé anteriormente y que tantos otros viajeros han señalado también en diferentes ocasiones.

Sus hijas con frecuencia son bonitas, cuando al sonreír no se tapan la cara sus miradas están llenas de gracia ingenua; flores silvestres de los Andes que no estarían desprovistas de atractivo sin el abandono físico que, podría decirse, constituye la característica de toda su raza.

Felizmente la simpatía indugente no se deja influir por esos detalles y, tanto unos como otros, la inspiran por esa especie de expresión misteriosa, inconsciente y adolorida que cubre, por lo general, sus facciones, y por el velo que empaña su sonrisa. Esos cantos monótonos que, por lo demás, rara vez animan sus labios, ¡qué expresión de queja tienen en el fondo; su eterna lamentación, aunque renovada en mil formas y en los metros más variados, es una e inextinguible! ¿Sienten su asimilación? ¿Añoran talvez inconscientemente, a través de la oscuridad de las leyendas, su libertad perdida, los siglos que se desvanecieron en los que las marcas de su imperio se reflejaban en las aguas del río Suárez, en los que Zipaquirá era el Versalles dorado de los soberanos muiscas? Has-

ta los niños cuya gravedad precoz, cuya seriedad imperturbable atinge, porque en esa edad deberían jugar, pelearse...

Esas más bien que reflexiones, sensaciones, me obsesionaban durante los paseos que daba, por lo general, acompañado, a través de la vasta extensión de la **hacienda**, a caballo sobre mulas excelentes que pasan por todas partes barriendo las hierbas con sus colas. Mientras nuestras siluetas ecuestres desfilaban a lo largo del fondo de color verde manzana de las gigantescas cañas, de los anchos hierros de lanza de los bananeros, el mayordomo, que marchaba a la cabeza, se vuelve a cada paso para indicar las labores que necesita y los beneficios que deja cada cultivo. Explica, extiende el brazo hacia la derecha y señala las praderas situadas en segundo plano, los **potreros** todavía cubiertos por la neblina de la mañana; o bien, de este lado, por aquí, hacia esas colinas, y su gesto se pierde en la extensión de los arrozales, cuyas matas crecen espesas al amparo de las vertientes. Se pasa a lo largo del follaje umbelífero de la yuca, de los campos de cebollas con sus tallos cortos, de trecho en trecho se advierten pastos o un cercado donde están los caballos en libertad, que se aproximan, relinchando, al vernos pasar a lo largo de las vallas. Vienen luégo los barbechos en los que la tierra abandonada a sí misma se embriaga en un alarde de vegetación loca, que tiene extravagancias de matorral.

El perímetro irregular del cafetal avanza sus ángulos caprichosos, sus salientes irregulares, y sobre la ondulación verde-gris de los cafetos, que se elevan a la altura de un hombre y que con sus ramas inclinadas y sus racimos de cerezas os azotan al pasar, la cara, los **guamos** que les protegen de los ardores demasiado fuertes del sol redondean sus copas negras y arrepolladas. Entre tanto, diseminadas, sin orden, por el terreno, rocas detríticas y areniscas, grises, sobresalen del suelo

como grandes campanas roídas por los líquenes, y al rozarlas nuestros estribos de cobre producen un ruido de caldero.

Más arriba está la zona de desmonte, la gleba del mañana, en la que la tierra vegetal, si se escarba, se advierte negra y profunda bajo los residuos de las talas, bajo los montones de ceniza y en los amplios espacios calcinados por las quemas. En el lindero de las tierras cultivadas la selva virgen se alza sombría, rencorosa, amenazadora, y detiene la invasión de sus troncos blancuzcos, de sus grandes arcanos de tinieblas, cual caballo domado que se planta. En esa región imprecisa las cuadrillas de peones van y vienen; sus casas son los ranchos de tapia pisada que si se buscan con cuidado acaban por descubrirse ocultos en la espesura. Todos al paso del **hacendado**, salen de sus chozas o de sus viviendas ahumadas y se alinean, descubiertos, al borde del camino. Cada uno de ellos, al ser preguntado, informa acerca de la hermosa caña de azúcar, del café frondoso que ha plantado y hasta los que han cometido alguna falta de poca importancia se presentan con los ojos bajos para recibir la reprimenda correspondiente.

En las tres mil hectáreas que integran esta finca hay un sitio que me agrada especialmente. Es una pequeña meseta, pelada como la palma de la mano, que se alza en el centro de un paisaje montañoso, único. Es la Tabla de Usatama. Mi caballo se detiene casi de por sí sobre ese espolón pedregoso y desolado que se alza abrupto y muy alto sobre la magnificencia de la llanura incendiada por el sol, que contemplan lejanas y meditabundas las recortaduras del horizonte. A mi alrededor silba y se estremece bajo las alas de mi sombrero, en las crines de mi cabalgadura, la queja incesante de la brisa que se lleva la simiente vedijosa de las flores que se dan en lo alto. Allá, en frente, en la otra vertiente del inmenso valle, hay un detalle exquisito, uno solo: esa choza minús-

cula que deja escapar con increíble lentitud un hilillo de humo, exagerando así más todavía el retroceso del panorama. ¡Cuántas horas inolvidables he pasado ahí, inmóvil, mirando las oscilaciones del penachito gris, escuchando el estruendo indefinible del abismo!

A este encanto se mezclaban las potentes evocaciones que emanan siempre de un sitio histórico, guardián éste de uno de los más curiosos recuerdos y de algunos nombres del antiguo imperio indio. Fue sobre esta misma roca, sobre la misma Tabla de Usatama, que el muisca Saguanmachica a la cabeza de 30.000 hombres vino, poco antes de la conquista, a combatir a los sutagaos y a morir al someterlos.

Allá, hacia el oeste, detrás de ese gran ramal de cordilleras, los terribles panches habitaban las regiones que son hoy la Mesa y Tocaima. Y sobre toda la melancolía que ha subsistido como un eco de los siglos pasados y de los nombres que fueron, el viento sopla, sopla continuamente y murmura, como en los tiempos en que las cañas hablaban: esas fueron las marcas del reino de los zipas de Cundinamarca...

No había olvidado mi excursión al Tequendama, y después de pasar unos días en el acogedor Quitapesares de la Aguadita, volví a montar a caballo. El camino pasa de nuevo por la Sabana para enfilear después la brecha abierta por el río Bogotá, del que la famosa catarata constituye el último salto. Tuve la suerte de descender a la puesta del sol con un tiempo excepcionalmente claro, por las vertientes interiores de la copa. ¡Qué admirable perspectiva ofrecía la llanura contemplada desde ese ángulo de luz sobrenatural!

Se abría el llano entre las largas pendientes azules ya ensombrecidas por el rápido crepúsculo. Un halo de nubes vedijosas, pero inmóviles, por encima de mi cabeza, ponía de relieve, como en una aureola, el gran incendio, deslumbrante de oro,

impregnado de bíblica serenidad, que iluminaba un paisaje inmenso, mudo y muerto. Espectáculo único en un anfiteatro vacío. Toda la Sabana, tersa como un lago, alumbrada por los rayos leonados del sol poniente que cortaban algunos islotes rojizos —extraños montículos— ofrecía mil matices en su superficie, rayas violeta, verdes, ocres, que se prolongaban en el juego de sus colores y de sus alteraciones, y cien variedades de destellos, de reflejos sucesivos con transparencia de agua...

Es el lago de antaño que recobra su magia, que se hace la ilusión de que vuelve, de que extiende otra vez su abigarramiento en la postrer hora del día. Un saliente huesudo, muy esfumado, cae sobre él, verticalmente, como sobre una bandeja de cristal. Y luégo allá, en el fondo, en la bruma color violeta pálido, se perfilan todavía otras nebulosidades, otros sueños de montañas... Momentos después la noche caía en grandes manchas de sombra y lo que entonces adquiría un aspecto verdaderamente fantástico, extraordinario, eran los túmulos calvos, diseminados, por encima de los que velada persistía una claridad. Luégo, todos a la vez, se hundían en la desolación de una tierra desnuda, en ese estupor aumentado y trágico que me complazco en creer que cubre las llanuras de Nínive...

Al día siguiente, después de haber pasado la noche tenebrosa y húmeda en la posada de Tierranegra, alcancé, diez kilómetros más allá, el río Bogotá, confinado por otros linderos de colinas. Aquí, en efecto, es donde empieza la grieta de los gigantes que abrió sinuosa el torrente de las aguas. La vista contempla con curiosidad los poderosos y altivos basamentos de rocas tapizadas de plantas saxátiles, de matas agrestes que crecen en sus tumescencias amenazadoras o en los entrantes de sus formidables torreones naturales. De esos acantilados se desprendieron en otras épocas enormes bloques de piedra y el raudal que pasa alrededor

y por encima de ellos con una violencia loca, recuerda el curso del Viége en los trechos más accidentados de su valle.

Una vez más queda el espíritu suspenso al considerar las proporciones colosales de esta obra en relación con la insignificancia de su agente; claro está que las fuerzas de la naturaleza no son ahora las mismas que en las épocas exuberantes del mundo, ¡pero aun así! Y luégo, de repente, surge en la mente la noción del tiempo que se ha necesitado para llevar a cabo este trabajo de pigmeo o de titán, como se quiera, y se experimenta físicamente la conciencia positiva de semejante entidad: mil años...

Antes de llegar a la sima, antes del drama, hay algunos intermedios sabiamente dispuestos por la naturaleza, un alto en la carrera desenfrenada hacia el abismo, bonitos lagos verdes, imponentes rincones rocosos o paisajes meramente agradables, que estimulan la curiosidad, que aumentan la angustia.

Y, por fin, bruscamente, se despliega ante la vista un horizonte singular: a ras del suelo, que falta materialmente bajo los pies, se abre un abismo azulado, circo pelásgico de rocas cuyo fondo no se verá más que cuando se está encima, dominado en todas direcciones por el conjunto habitual de cimas coronadas de vapores, menos por un claro hacia el oeste. Pero ya se presiente el abismo; los bordes del espantoso embudo están marcados por los vapores que despide. Sobre esos alrededores prodigiosos gravita una especie de inquietud; espera subjetiva que, sin querer, se exterioriza como la sensación más general emanada de las cosas mismas, de todo lo que hay de agobiador en esos cataclismos de la naturaleza. De un borde al otro, entre los árboles, se extienden haces de nubes que la respiración de la catarata mantiene continuamente amontonados sobre ella. Sin embargo, si se escucha para tratar de percibir la lla-

mada de esa "fosa de truenos", como diría Hugo, sorprende la poca intensidad del ruido, que sólo se oye cuando se haya uno apeado del caballo y una vez llegado a una especie de reborde desprovisto de vegetación que está como colgado de un peñasco de aspecto extraño, especie de **balconcito** que forma almena sobre el abismo; sólo entonces es cuando, desde él, todo su espléndido horror y su alucinación se suben de repente a la cabeza. En este momento es cuando los estruendos, los vapores, los choques de voces furiosas, que descienden a lo largo de las paredes sonoras, se repercuten, se arremolinan, se enlazan en la caída y entonces es cuando se cumple, en una palabra, todo lo que las descripciones nos prometieron.

Cincuenta y ocho metros tiene esa cascada, pero desde donde me encuentro es punto menos que imposible darse cuenta de ello. En primer lugar, el fondo está totalmente velado por una neblina blanca que se enrolla sobre sí misma, pero, además, se está totalmente absorbido por la tromba alucinante de agua que huye bajo los pies, por la caída ensordecedora de esa masa aun compacta aquí, cerca de mí, en el momento en que se precipita desde el borde de la roca para caer inmediatamente sobre una segunda cornisa, sobre un escalón intermedio situado a cinco o seis metros más abajo y para desde allí rebotar pulverizada, impalpable, en el infinito, como jirones de brumas.

Hasta es prudente retirarse un poco, pues la mirada está por demás atraída, demasiado sutillizada por esa caída continua que no termina nunca, que sin cesar arrastrada se ve obligada a ascender constantemente, a crispase en la loca espuma inconsistente con la desesperación instintiva del naufrago. Y el oído también experimenta su parte de vértigo y de hipnotismo con ese desencadenamiento de los ecos, con esos rugidos, con esas ráfagas de espanto, con esos ruidos que sueñan como bofetadas contra las murallas ciclópeas,

que pareciendo de minuto en minuto elevarse, multiplicarse, hacen vacilar, desvanecer a la imaginación. Hasta las percepciones pierden algo de su verticalidad, de su firmeza; no se necesita hacer gran esfuerzo de imaginación para evocar las voces del cuadro de Maignan, la espiral giratoria de los elfos, y verlos con las manos aplicadas contra sus bocas, inclinados sobre ese huracán. . .

Pero si se prefiere abarcar el espectáculo en conjunto, en vez de aspirar desde cerca su vapor embriagador, es hacia la izquierda donde hay que colocarse en una especie de mirador situado entre los árboles, desde donde se ve, a la vez, no sólo la altura total de la catarata, sino el nervio de las estratificaciones que forman esa hendedura portentosa, ese pozo monstruoso perforado por un trabajo que durante treinta mil años no se ha interrumpido un solo instante. Convexa, la comba se abre hacia la izquierda, o mejor dicho, se entreabre sobre una garganta de profundidad increíble, verdadero desgarrón que disminuye a medida que se desciende, encajonado entre dos acantilados de seiscientos pies de altura, y es en el hueco de ese barranco de color verde, de lo más esmeraldino que cabe, que lo que queda todavía licuado del Tequendama, lo que no ha subido a las nubes o no ha ido a humedecer las selvas de los alrededores, se reconstituye y sigue corriendo por su cauce, pero ahora ya imperceptible, ridículo en su reducción, desfigurado.

El sol reaparece. Un arco iris húmedo se muestra sonriente por encima de la hendedura. La caída del agua se hace más inmaterial, más etérea, parece una superposición de doradas gasas alumbradas por debajo y atraídas rápidamente hacia lo profundo. Las brumas suspendidas se platean, los abruptos escalones de las colinas azules se iluminan y las sonoridades de la mañana cantan por encima de los bosques; toda la poesía de la aurora rodea el despertar del Niágara colombiano.

Al volver al sitio donde dejé el caballo mis ojos se fijaron en una tarjeta abandonada al pie de una roca. La lluvia había medio borrado unas líneas escritas con lápiz, pero pude, no obstante, leer estas palabras, trazadas por una mano de mujer: **“¡Dios omnipotente, dadme licencia de volver a ver esta maravilla del mundo!”**

Y ya camino de la capital, volviéndome una vez más hacia el cuadro de sol y de vértigo, hacia el clamor abismal del Tequendama, procuré, por lo menos, grabar para siempre en mi recuerdo la última visión de esa maravilla del mundo.